

ARGONATH

JUAN JOSÉ PÉREZ-PONS AGUADO “AMANDIL”

El regular repiqueteo de los martillos y los cinceles contra la sólida roca se vio interrumpido drásticamente cuando el rumor ronco y rasposo de piedras al caer por la ladera, indicó a todos, que el bloque de mármol deseado, era por fin libre del abrazo materno de la antigua montaña. Ahora aquella masa de hermosa piedra pertenecía a los hombres.

El jefe de los picapedreros hizo una señal y una red de color oscuro cayó sobre aquel bloque. Tras afianzar el enganche y los nudos, la elevaron con la ayuda de una grúa de madera gracias al esfuerzo de caballos y hombres por igual. Así, deslizándose por el aire, fue depositada varios metros más abajo donde un nutrido grupo de personas la esperaban ansiosos. Cuando por fin tocó tierra y se liberó de aquellas cuerdas, fue bañada concienzudamente, limpiada de esquirlas y levemente pulida. Se notaba que todos actuaban de una manera rápida y eficiente. Jamás piedra alguna fue tan cortésmente tratada por los hijos de los hombres como aquella hermosa y compacta mole de mármol.

Al terminar aquellos quehaceres todos se apartaron y se maravillaron del hermoso hijo que arrancaban de la madre montaña. Las Hithaeglin ofrecían ahora a los radiantes rayos del sol, una parte de su duro corazón, horadado por los hijos de Gondor, para culminar la más imponente de sus obras inmortales. El mármol no es el más noble, ni el más buscado, ni el máspreciado de los hijos de las montañas, pero esta pieza era más hermosa que la más hermosa veta de oro, que la más radiante lámina de Mithril, pues aunque al estar cubierta de polvo y suciedad parecía gris y pobre, cuando era limpiada y cuidada su superficie se reflejaba como la plata más brillante al amanecer. Y cuando la luz del sol de mediodía, el más cálido y fuerte, se posaba sobre aquella piedra, el reflejo era rojizo como el rubí y a la vez bronceado como el sol de la tarde. Y por la noche, cuando las estrellas y la luna insuflan al mundo la belleza de su luz argéntea, esta respondía con destellos perlados como quien contesta a un canto hermoso con la más pura de las risas. Todos allí se maravillaron al verla limpia y noble, corazón de las montañas y pronto corona de Gondor en su gloria, y de entre ellos, uno avanzó con ojos brillantes y cargados de anhelo.

Sí, aquella sería la ideal culminación, la apoteosis del sueño de un Rey y el trabajo de muchos hombres. Calios hasta ahora dudaba, pero al ver con sus propios ojos lo que su padre tantas veces le había descrito, descubrió en su interior la seguridad del triunfo. Con aquel mineral sometido a los deseos del mayor de los escultores, con aquella piedra moldeada con el cariño de las expertas manos de su padre, ofrecerían al monarca la mayor de las creaciones y Gondor decoraría la propia Arda con las figuras inmortales de su antigua estirpe hasta el final de los tiempos. Y en la cúspide de todo, aquel brillo. El joven acarició despacio la superficie fría y suave del mármol, ajeno a los sonidos nacidos de los murmullos de tantos picapedreros, hasta que una voz conocida lo sacó de su ensueño.

—Calios, mi señor —el vozarrón de Tirdhan destacó como un bramido sobre los demás sonidos —, todo está preparado para la travesía. ¿Es de tu agrado la piedra?

—Mármol. Es mármol. Y, sí, es de mi entero agrado. Hoy las montañas nos han dado uno de sus más preciados tesoros mi buen guardián. Mi padre estará satisfecho. Y el Rey también. —El joven sonrió y a una señal de su fornido escolta un nutrido grupo de hombres, algunos esbeltos y castaños dúnedain y otros rubios y fuertes enedain, movieron la pesada carga ladera abajo con la ayuda de diversos carros y múltiples bestias de tiro, hasta que el río se abrió ante ellos, Anduin el Grande, que bañaba infinidad de campos y lugares desde su frío nacimiento en Ered Mithrin, hasta su vasta y magnífica desembocadura allá en el sur, Ethir Anduin lo llamaban, las bocas del Anduin. Pero allí, tan al norte, varias jornadas por encima del Viejo Vado y el Camino del Bosque Viejo, cerca del rápido y cantarín afluente Rhimdath, el Anduin aún no era señor poderoso y venerable, como a su paso por la blanca Osgiliath y mostraba orgulloso la fuerza de sus aguas claras y veloces. Un embarcadero de recios maderos daba cobijo a varias embarcaciones menores, pues ningún barco podía llegar tan arriba sin sufrir percances o desgracias, y allí se encontraba atada y expectante la balsa que habría de descender tan pesada carga hasta el mismo Nen Hithoel, antes de los saltos del Rauros. Calios se preguntaba día y noche si aquella ligera embarcación sería capaz de soportar el peso del bloque de mármol, y aunque fuera capaz, ¿era segura como para navegar tantos días por aquel río? Y sus dudas, recurrentes y temibles, siempre rompían como olas contra rocas al recordar un nombre: Sirtur.

Sirtur, un marinero de Pelargir. Pero llamarle marinero era decir poco. Largos años llevaba navegando por el Anduin y otras corrientes. Conocía los mares y los ríos, los lagos y las costas de Gondor como la palma de su mano. Y se decía de él que había viajado como patrón o como marinero por mares vedados hoy a los comunes hombres. Que había visto lugares y gentes que sólo los mismos númenóreanos llegaran a ver tiempo atrás. Calios no le conocía pero Tirdhan, su guardián, el veterano soldado de Gondor que servía a su padre desde que dejara las armas, le contó de aquel marinero historias admirables y valerosas. Y si el curtido Tirdhan confiaba en él y en su balsa, ¿quién era Calios para desconfiar?

Así, sumido otra vez en sus pensamientos, acompañó a la hueste de hombres y animales hasta el embarcadero. Allí supervisó el emplazamiento de tan valioso cargamento en la balsa que, tras quejarse con gruñidos de madera y cuerda, se sumergió varias pulgadas en el río, pero al poco reflotó en buena parte y apenas si parecía sostener un peso mayor al aire. El joven se sorprendió y comenzó a creer posible el viaje.

Apenas si era medio día y la intención era partir con el sol aún alto y descender por el río hasta bien entrada la noche. La luna se mostraría luminosa y amplia esa semana y ninguna nube amenazaba ocultarla en días venideros. Así pues partirían en breve y era preciso terminar los preparativos para los que acompañarían al gran bloque de mármol hasta su destino final. Calios iría junto a Tirdhan en una barca remando detrás de la balsa junto con las vituallas, equipo y algunas armas. En la balsa marcharía Sirtur dirigiendo con su poderoso brazo la embarcación, pero ¿alguien más marcharía con ellos? Era preciso contar con algún conocedor del río, sus giros y pasajes peligrosos, pues la destreza del marinero podría ser legendaria pero sin un compañero que los guiase de algún modo, hasta él podría sucumbir a los envites de un embravecido y desconocido río, o caer traicionado por rocas ocultas bajo las aguas, pero lo suficientemente cerca de la superficie como para desmembrar la balsa y verter carga y hombres en las frías aguas del Anduin.

Cerca del embarcadero Calios vio ante él la solución a su dilema. Tirdhan hablaba allí con dos hombres. Uno de ellos era tan alto como él, de piel morena curtida por el sol y la sal de los mares, de espalda ancha y manos fuertes. Sin duda era Sirtur. El otro era de menor estatura, de piel más clara y pelo castaño, casi rubio, aunque se le veía fuerte y ágil. Era uno de los habitantes de río arriba, de aquellos Hombres del Norte que poblaban aquellos lugares al este y el oeste del Bosque Verde. Hablaban en oestrón y Calios, aún a varios pasos, podía notar los distintos matices de sus hablas. Tirdhan se expresaba claramente y de manera más apuesta, al estilo de osgiliath, en cambio Sirtur marcaba las palabras con el acento fuerte y sonoro propio de Pelargir y los puertos, y el joven enedain lo matizaba con palabras y sonidos extraños a las lenguas élficas pero parecidos a la antigua lengua de Númenor, aquel adunaico entonces casi olvidado. Disfrutando de aquellas peculiares diferencias Calios se unió al grupo. Su guardián le presentó a Fornion. Como supuso, sería su guía por el Anduin hasta las cercanías de Sarn Gebir. Conocía el cauce bastante bien ya que solía recorrerlo en una pequeña embarcación para comerciar con otros habitantes de la ribera. Sirtur le dio su visto bueno, Tirdhan también y Calios no se negó tampoco.

No desaprovechó la ocasión el joven gondoriano para conversar con el curtido marino. Y así, antes de embarcarse en aquel viaje, supo que Sirtur había hecho con sus propias manos aquella balsa con troncos del Bosque Verde tras recibir el permiso expreso del buen Rey Elfo Thranduil, amigo de Gondor. Aquella madera era resistente y a la vez flexible, idónea para el cauce ora lento y plácido ora cambiante y veloz del Anduin. Con cuerdas traídas de los puertos del sur, verdaderos cabos de mar, unió toda la balsa con aquellos nudos tan peculiares y poderosos que sólo los verdaderos habitantes de la costa sabían hacer. Y como timón Sirtur le enseñó, hasta en cierto modo orgulloso como un artista, un brillante armazón de negra madera. Supo Calios que era de un extraño árbol del sur, de más allá de Umbar y sus puertos, y que entre los marinos gondorianos era muypreciado ya que se decía que los barcos dirigidos por timones de aquella madera siempre llegaban a puerto sanos y salvos, pues, por alguna extraña ventura de antaño, habían sido traídos desde la perdida Oesternesse a las costas del mundo.

Después Calios intercambió unas palabras con Fornion. Hasta aquel momento no había hablado con ningún habitante de aquella región, pues siempre estuvo acompañado de hombres de Gondor y por eso mismo encontró fascinante la claridad de pensamientos, la hermosura de su lengua, la frescura de sus frases. Aquel hombre era para él, acostumbrado a la formal y rígida forma de la corte del Rey Minalcar, como un soplo de aire fresco. El enedain era un cazador cuyo pueblo vivía al norte del Bosque Verde, cerca de las montañas Solía viajar por el río solo o en compañía de su hermano. Acudió a la llamada del Rey Vidugavia, que aunque no era su soberano, si era persona importante entre sus gentes. Aquél Rey, amigo y aliado de los dúnedain, deseaba prestar la misma ayuda a Rómendancil en la guerra y en la paz. Y así fue por lo que Fornion marchó al encuentro de los gondorianos que cavaban en las montañas, como guía y compañero, además de movido por la curiosidad y una cierta fascinación por las nobles y altas gentes del sur, que eran capaces de horadar la roca como si se tratara de barro.

Y allí hubieran estado conversando sin parar de no ser porque Tirdhan llamó al joven Calios para preparar la marcha, pues según tradición de Gondor, habrían de realizar la

ceremonia de los navegantes. Y allí se reunieron todos los hombres que ayudaran en aquella empresa, ya fueran de Gondor o del Norte. Y a su lado una embajada de los enanos de Khazad-dûm, los que en prueba de amistad y alianza con Gondor, revelaron la veta de aquel mármol en sus montañas. Vestían brillantes armaduras que asombraban a todos los presentes y en verdad se veía en ellos el reflejo del linaje de Durin el Inmortal. Al otro lado del río, la buena gente del Rey Thranduil, elfos del Bosque Verde, que ayudaran a hacer la balsa de Sirtur, también acudieron a la ceremonia de despedida, pues también ellos eran amigos del pueblo del linaje de Elendil y honraban así la memoria del pasado.

Allí Calios, engalanado con ropajes blancos, alzó las manos y dijo dirigiéndose a los enanos pero en voz alta para ser oídos por todos: "*Pueblo de Durin, Señores de las Montañas Nubladas, ¿cedéis a Gondor el noble corazón de una de vuestras montañas?*" y estos contestaron al unísono: "*Sí, cedemos*" y agitaron sus estandartes en señal de aprobación. Luego Calios se giró y mirando al otro lado del río dijo: "*Pueblo de Thranduil, Señor del Bosque Verde, ¿cedéis a Gondor los fuertes árboles que nos permitan llegar al sur?*" y estos contestaron: "*Sí, cedemos*" y también agitaron sus estandartes en señal de acuerdo. Después el joven se volvió a los hombres que allí se reunían y dijo: "*Hombres del Norte, enedain, y hombres de Gondor, dúnedain, ¿nos dejaréis ahora marchar al sur con el trabajo de vuestras manos para mayor gloria de Gondor?*" y estos en un grito de júbilo exclamaron: "*¡Sí, sí, marchad al sur!*". Y Calios respondió: "*¡Sea! Marchamos ahora con el permiso de todos los amigos de mi Rey, Rómendacil*". En ese momento Sirtur se adelantó y mirando al cielo, como hacen los marinos antes partir, exclamó: "*Aiya arendil! Heru Ciryaquenion! Guíanos en esta travesía y permítenos alcanzar nuestro destino, como antaño tú alcanzaste el tuyo más allá del horizonte*". Y entonces el joven Fornion, anonadado por la majestad que iluminaban Calios y Sirtur e incluso el veterano soldado Tirdhan, miró al cielo como quien esperaba ver una maravilla inusual y magnífica, y así fue, porque allí a lo lejos, en las alturas de la despejada bóveda celeste vio cuatro enormes águilas que se deslizaban majestuosas por los aires de las alturas y creyó ver que, a su manera, también ellas participaban en aquella ceremonia.

Y el muchacho sonrió porque entre sus gentes ver las águilas de las montañas era señal de buenos augurios. Entonces enanos, elfos y hombres hicieron sonar cuernos y trompetas. Sirtur llamó a su lado al joven Fornion y juntos accedieron a la balsa, el fornido marino en la popa, sujetando aquella oscura madera que sería tanto timón como remo, y el ágil enedain delante, sosteniendo un remo de guía. Algunos hombres acudieron con pértigas y poco a poco impulsaron la balsa desde el remanso que era el embarcadero hasta la corriente fluida del Anduin. Tras ellos, en un blanco bote, Tirdhan ya esperaba a Calios que saludaba en la orilla, aún vestido con las ropas de la ceremonia, a cada uno de los que ayudaron en aquella empresa. Después subió al bote y saludando a enanos y elfos desde allí, se dejó llevar por los fuertes impulsos de su guardián que ya remaba sin pausa para alcanzar la balsa que cargaba aquella hermosa mole de mármol.

Así, llevados por las aguas de Anduin se inició la travesía que debía concluir cerca de Sarn Gebir, donde el padre de Calios y sus artesanos de la piedra, darían forma a aquella inmensa mole de mármol según el hermoso diseño que honraría a Gondor sobre todas las cosas de Arda.

—Ha sido muy emocionante, Tirdhan —dijo Calios mientras se quitaba despacio las ropas blancas—. Ver allí agentes tan diversas unidas por el proyecto de mi padre, ver a los enanos y a los elfos pese a sus diferencias acompañándonos, y a los hombres del norte codo con codo con nuestra gente.

—Es cierto, mi señor —respondió el veterano hombre de armas—. Es nuestra tarea ahora terminar lo que ellos empezaron en este lugar.

—Sí, Tirdhan —el joven tomó uno de los remos y comenzó a ayudar a su compañero—. Y esto es solo el final del trabajo de diez años allá en el sur, a donde nos dirigimos. ¡Diez años! Que rápido se dicen pero cuantos sufrimientos y esfuerzos han hecho falta. Pero ya concluyen y el mismo Rey Minalcar vendrá junto con los caballeros más nobles del reino, y nuestros aliados y amigos también serán llamados. Y antes de que el invierno llegue por fin todo habrá terminado. ¿No es maravilloso?

—Lo es, en efecto —contestó Tirdhan, que disfrutaba mucho cuando oía a su joven señor tan alegre y animado —Pero ¿cuánto ha requerido este proyecto?

—¿Cuánto? —Calios guardó silencio y luego dijo con voz grave—Mucho. Y no hablo de piedras o riquezas, hablo de lágrimas y dolor. Y mi padre cada día que algo terrible pasaba allí envejecía un año... y siempre ha querido acompañar a los que por causa de su proyecto... Yo siempre le he dicho que los accidentes ocurren, pero él es de corazón tan noble y grande que siente como hijos suyos a todos los que allí trabajan. Y cuando algo malo pasa es un padre afligido y sufre.

Tirdhan bajó la mirada y asintió en silencio. El profundo respeto y amor que sentía por aquel hombre, por el viejo Artano, le hacía comprender las palabras del muchacho.

Artano era como uno de los antiguos númenóreanos, o como él pensaba que debieron ser. Un hombre alto y apuesto, de mirada sabia y a la vez jovial, entregado a los demás pero orgulloso. Pero ante todo un maestro escultor, quizá el último que Gondor viera jamás. Sus obras decoraban las calles y palacios de Osgiliath, los caminos y los puentes de Ithilien, el puerto de Pelargir e incluso algunas de las tristes y duras fortalezas gondorianas en Mordor. Allí en Mordor es donde Tirdhan lo conoció y desde entonces se puso a su servicio como guardián. Artano llevó allí un poco de la belleza de los valles de Lebennin con sus esculturas y relieves, rodeados de la miseria de la Tierra Oscura arrasada, seca, maldita.

—Sé como sufre tu padre, Calios —dijo resignado el soldado—. Créeme que lo sé.

El joven notó el cambio en el tono de voz de Tirdhan y no habló más en toda la jornada. Sí que observó en cambio que en la balsa Sirtur y Fornion hablaban animadamente y no solo del curso del río por sus gestos y sus risas. En verdad eran dos marineros que disfrutaban con aquel viaje aunque les pudiera ir en ello la vida. Calios sonrió y siguió remando.

Aquella primera noche, según les dijo luego el marino Sirtur, habían avanzado a buen ritmo hasta que se puso la luna y si todo seguía así podrían llegar a su destino antes de lo previsto: *"Porque este buen río es de caudal generoso y corriente rápida pero apacible"*. Así pues

descansaron unas horas mientras Tirdhan vigilaba las inmediaciones atento a cualquier ruido ajeno a la misma noche. De madrugada, cuando las primeras luces del alba acariciaban el cielo aún salpicado de estrellas, se echaron de nuevo al río animados por una suave y fresca brisa. Si todo salía bien la próxima parada la harían ya pasada la Carroca, más allá del Viejo Vado, y entonces el Anduin ancho les daría la bienvenida. Allí la travesía se convertiría en apenas un paseo hasta casi el destino final en las estribaciones septentrionales de Emyrn Muil.

Así cuando el sol ya lucía esplendoroso en lo más alto del cielo, la balsa y el bote cruzaban unas tierras, en su margen oriental, ordenadas y limpias, con campos bien trabajados y animales de pastoreo aquí y allá. Calios preguntó entonces a Fornion qué gentes habitaban aquel lugar y el hombre del norte le dijo que allí habitaba el pueblo de los "mudapielos", brógedain en la lengua de los elfos del bosque, gentes fuertes y robustas, poco amigas de los extraños, pero justas y de noble corazón. Y movido como por un impulso desconocido el joven gondoriano se levantó en su barca y agitando la mano, como quien saluda a un viejo amigo de lejos, gritó:

"Salve a vosotros Brógedain, dejadnos pasar en paz por vuestras hermosas tierras y que estas sean bendecidas por muchos años. ¡Salve Brógedain, amigos del Oeste Fiel!"

Tirdhan obligó a sentarse a Calios y recriminándole que podía haber hecho zozobrar la barca se vio respondido con: *"Perdóname Tirdhan, pero fue el corazón quien me pidió decir esto. Son nobles gentes estas y cruzamos por sus dominios, ¿no debemos saludar y pedir permiso?"*. El guerrero no supo qué responder y siguió remando. Calios era como su padre, pensaba el soldado, y eso le animaba el cuerpo y de repente el hombretón se puso a reír feliz y mientras remaba ahora cantaba. Y los de la balsa al oír aquello también rieron contentos sin saber muy bien porqué.

Llegó la noche y con la luna pujando por alzarse entre las estrellas cruzaron el Viejo Vado con las aguas saltarinas entrechocando con algunas rocas que la corriente parecía no querer ocultar. Sirtur con fáciles maniobras ayudado por Fornion las esquivó y entró en la parte ancha del Anduin, menos profunda, menos rápida, pero más navegable y segura. Indicó a los del bote que aún viajarían unas horas bajo la luz de la luna pero a ninguno le importó porque, aunque cansados, la belleza del río a su paso por aquellos parajes iluminados por el brillo de las estrellas les hacía descansar el ánimo aun despiertos. Fue entonces cuando, rodeados de la calma y el silencio de la noche, oyeron la voz de Sirtur, tan suave que no parecía suya, entonar una canción de alabanza:

*¡Aiya, Etirendil! Glorioso marinero de los hombres,
en la más hermosa nave partiste al confín del mundo,
donde nunca tus hermanos podremos al fin seguirte.
Tú, que llevaste contigo la luz de nuestra esperanza,
luz que ahora en cada noche vemos sobre el mar alzarse,
y que nos muestra el camino a nuestra casa añorada,*

*¡Aiya, Eärendil! Glorioso marinero de los hombres
en la más hermosa nave partiste al confín del mundo,
dónde nunca tus hermanos podremos al fin seguirte.
Tú, que llevaste contigo la luz de nuestra esperanza
Luz que ahora en cada noche vemos sobre el mar alzarse,
Y que nos muestra el camino a nuestra casa añorada,
¡Aiya, Eärendil amado, de hombres y de barcos guía!
Elévate para siempre y muestra al mundo tu gloria,
para que por fin podamos llegar pronto a nuestra casa;
tus hermanos de los mares y los ríos te cantarnos.*

Cuando terminó ninguno dijo nada pero allí en lo alto, en el cielo nocturno, una estrella titilaba y Sirtur le hizo una seña con la mano, también como quien ve a un viejo amigo y le hace una señal.

Aquella noche los cuatro descansaron en calma y hasta el propio Tirdhan no sintió la necesidad de montar guardia. Por eso ninguno vio el enorme oso que les observaba desde la orilla oriental, en silencio. Y allí estuvo hasta que Sirtur se despertó poco antes del amanecer. Los Brógedain eran nobles en verdad.

—Y aquello es el río Gladio —señaló Sirtur a Calios, que aquella jornada viajaba con él en la balsa—. Pronto llegaremos a las marismas y pantanos que son la confluencia del Anduin con el rápido río Ninglor. Y tras ellas encontraremos Loeg Ningloron, los Campos Gladios, donde descansaremos esta noche.

El joven llevaba toda la mañana preguntándole cosas al marino y este parecía no cansarse nunca de responder. Supo así que Artano le eligió personalmente para aquella misión, pues aunque muchos otros podían manejar una balsa y llevar una carga pesada, ninguno conocía mejor las corrientes y desmanes de los ríos del mundo. Además aquella preciosa carga no podía perderse bajo ningún concepto y sólo Sirtur se ofreció entonces para navegar el Anduin rápido y sin temores.

Aunque también lo hizo porque conocía al viejo escultor desde hacía años, o mejor dicho, conocía sus obras en los puertos y por ellas respetaba a aquel hombre que, con sus manos, acercaba a los marinos a sus hogares aunque fuera con el espíritu de las piedras talladas. "En los puertos", le dijo Sirtur a Calios mientras navegaban por el río, "es donde más echas en falta a tus gentes. Pues aunque estás en tierra firme y con los pies en el suelo, te falta la mirada del hijo, la risa del amigo, la voz de la esposa amada. Y es en los puertos donde tu padre ha puesto tantas buenas esculturas de cosas sencillas, de niños jugando, de mujeres amables, que a todos nos hacen sentirnos más cerca del hogar lejano". Calios asintió pues era cierto que, además de las elevadas y magnas estatuas de reyes o caballeros, su padre se deleitaba con las esculturas de las cosas cotidianas y hermosas, y se alegraba cuando estas

eran llevadas a lugares de paso como puertos o plazas, pues allí la gente las veía y recordaba. Se miró a las manos y se preguntó: "*¿Podré yo algún día hacer lo mismo?*". No obtuvo respuesta.

Un viento del norte sopló y trajo con él algunas oscuras nubes que ocultaron en parte la luminosidad de aquellas tierras. Entonces las aguas del Anduin se volvieron tan grises como el cielo y así fue como entraron en las marismas del Ningloron, donde el mismo sonido del río apenas si se oía al mezclarse con los cañaverales, las retorcidas raíces muertas tiempo atrás y los bancales que asomaban cada pocos pasos. Con mucho cuidado Sirtur indicaba el camino a seguir para recuperar la fluida corriente del río en su camino hacia el sur. Poco a poco dejaron tras de ellos aquellas aguas que, sin ser fétidas ni enfermizas, sí que parecían tristes y hasta cierto punto malvadas. Pero en seguida recobraron la fuerte marcha del Anduin que, tras recibir el caudal del Gladio, aceleraba su paso y se volvía más profundo y navegable.

Las nubes cubrieron el cielo y las primeras gotas presagiaban una tormenta inmediata, por ello Sirtur decidió detenerse en el primer lugar resguardado que vieran y esperar un tiempo. Navegar con lluvia no era problema para él, pero viajando con otros y con aquella carga era preferible no arriesgar. Así cuando vio, en un meandro, un lugar donde amarrar balsa y barca, no dudó un instante y detuvo la marcha.

Una vez en tierra habló largo y tendido con Fornion acerca del Anduin hasta la desembocadura del Celebrant, en el bosque de Lórien. Supo así que aunque era ancho y tranquilo en algunos lugares los remolinos del río, provocados por pozos ocultos bajo las aguas y de insondable profundidad, arrastraban a los incautos a una desgracia segura. Largo tiempo meditó estas palabras el marino pues aunque deseaba aprovechar aún las horas de luz, menguadas por las nubes y la lluvia, tampoco era sensato adentrarse en el caudal sin poder cerciorarse con su experto ojo de que no se lanzaba de bruces contra una sima. Finalmente, y tras deliberar con Tirdhan acerca del lugar donde descansar, decidieron quedarse allí hasta el amanecer siguiente en espera de que las nubes pasaran y de nuevo pudieran descender por el gran río sin tantas aflicciones y temores.

Aquella noche, amparados bajo unos árboles de apariencia soñolienta que habían creado con su ramaje algo similar a una bóveda de hojas, hablaron alrededor de un fuego amable y hasta cierto punto acogedor. Así supieron Sirtur y Fornion el maravilloso objeto de aquella mole de mármol que descansaba, oculta tras los lienzos que la envolvían, en la balsa. "*Será la coronación de dos magníficas estatuas que Gondor levanta a la entrada de Nen Hithoel, Argonath, los Pilares de los Reyes, sobre el mismo río Anduin que ahora navegamos.*" Calios describió aquella obra como el enamorado que enumera las virtudes de su amada, como el músico que acaricia la flauta y se deleita en cada una de las notas. Y Fornion le escuchaba con la boca abierta pues apenas si podía imaginar semejante obra de manos de los hombres, aunque de los dúnedain, de los Altos Hombres, ¿qué no podía esperarse?

—Y entonces este mármol, ¿con que fin será usado? —preguntó Sirtur cuando el muchacho terminó de describir los preparativos—. Porque aquellas estatuas que dices son de dimensiones inconmensurables casi, y aquí apenas cargamos una mota de polvo en comparación.

—Cierto —repuso Calios—, pero es que no usaremos este mármol en un solo bloque, como una sola pieza. Mi padre extraerá de él láminas de varias pulgadas de grosor, y luego las tallará dándoles formas que sólo él puede imaginar. Y con ellas coronará las cabezas de los dos reyes de antaño, Isildur y Anárion, los hijos de Elendil. Así ambos cascos y coronas brillarán, exultantes, con este mármol que traemos de las montañas del norte. Porque no habrá joya, gema o precioso metal en el mundo que pueda igualar el esplendor que ceñirán ambas cabezas por los siglos venideros. Y cuando caiga sobre Gondor la sombra, quedarán los Argonath como recuerdo del esplendor que fue y como esperanza de la gloria que se recuperará un día que no alcanzo a ver.

Los tres miraban a Calios sorprendidos pero no dijeron nada. Sirtur y Tirdhan supieron enseguida que allí, en aquel lugar, se había despertado en el joven la visión que algunos de la estirpe de Númenor aún conservaban y que de algún modo aquellas palabras hablaban de acontecimientos por venir. Fornion en cambio se asustó mucho porque veía ahora en aquellos hombres el reflejo de todas las leyendas y cuentos que su pueblo contaba acerca de los Hombres del Mar. Pero en seguida todo quedó en paz pues Sirtur les narró algunos de sus viajes por el mar, allí en el sur lejano. Y los tres, incluido el propio Tirdhan, se maravillaron de lo que les contaba. Otras orillas, otras gentes, lugares desconocidos, costumbres extrañas. A veces peligros, desde luego, pero otras veces agradables sorpresas y aún nacientes amistades en los lugares donde la sombra apenas se fijaba. *"Es un mundo inmenso el que nos rodea, apenas si alcanzo a mostraros con mis palabras todo lo que he visto, pero creedme una cosa, todo es de una hermosura inabarcable."*

Aquella noche Tirdhan estuvo muy inquieto. Lejos, cortadas contra el horizonte del oeste se alzaban las montañas, y varias leguas al sur un brazo de las mismas se acercaba al río. Pese a la fortaleza de Gondor y el poder de Khazad-dûm aún habitaban en oscuras cuevas multitud de orcos y lanzaban por la llanura huestes de saqueo y pillaje que incluso podían alcanzar las Tierras Pardas. Ellos eran una presa muy sencilla siendo pocos y sin poder abandonar la corriente del Anduin. Así pues redobló su vigilancia aquella noche y no dudó en ceñirse de nuevo la librea oscura de Gondor sobre la cota de malla que siempre llevaba consigo. Que supieran con quién se enfrentaban si osaban acercarse a ellos.

El día trajo consigo unos débiles rayos de sol que penetraban el oscuro y nublado cielo, pero no llovía y eso le bastaba a Sirtur para continuar. Allí al sur la espesura de Lórien aún no se vislumbraba pero era preciso alcanzarlo antes de dos días ya que la luna llena declinaba y la navegación nocturna sería del todo imposible desde entonces. Tras un frugal desayuno se embarcaron de nuevo y remando a buen ritmo, ayudados por la corriente, pusieron rumbo al sur una vez más.

Tirdhan no quiso preocupar a los demás y no les habló de sus temores por aquel brazo montañoso que se acercaba desde el oeste hacia el río. Fanuidhol, el Monte Nubloso, una perfecta atalaya de vigilancia sobre el río y la llanura. Y a cada milla que recorrían parecía ceñirse amenazador contra ellos en aquel grisáceo día. Ninguno hablaba, ni cantaban como si la pérdida del brillo del sol, la falta del cálido abrazo de los rayos en sus rostros, les volviese taciturnos y graves. Solo el rumor del viento, el fluir del agua y el regular repiqueteo de los remos sobre el río les acompañaba en aquel día. Cada uno parecía sumido en profundos

pensamientos y ninguno se atrevía a romper aquel silencio. Fue una jornada triste aunque avanzaron muchas millas y llegaron muy al sur a pocas leguas al norte de Lórien.

Cuando la luna se ocultó una vez más y la oscuridad creciente anegó a su alrededor todo, Sirtur detuvo la travesía por aquella jornada. Hacía mucho frío y aunque encendieron un fuego, gracias a la habilidad de Fornion, apenas les calentó algo y menos les reconfortó el ánimo. Silencio. Era como si el mismo entorno contuviera el aliento, como si el destino pendiera de un hilo. Sin el brillo de la luna la noche se cerraba inmisericorde a su alrededor, pero Tirdhan, alerta, no durmió ni un instante. Terminaba la fría hora que precede al alba cuando la catástrofe se ciñó sobre ellos y de no ser por la guardia constante que el veterano soldado hiciera habría sido el fin para todos. Sigilosos, ocultos por la oscuridad impenetrable, un nutrido grupo de orcos se acercó desde el oeste, como tanto temía Tirdhan. Alertados por sus vigías río arriba, vieron presa fácil en aquellas embarcaciones y, siendo como son criaturas volcadas al mal, decidieron atacarles y asesinarles mientras dormían. Se arrastraban hacia ellos ahora que creían que descansaban confiados. No hicieron ningún ruido pero aquello no les bastó porque allí les esperaba un soldado de Gondor. Con la maestría de la experiencia en múltiples combates Tirdhan se abalanzó desde detrás de un arbusto contra el que parecía el cabecilla del ataque, un orco oscuro protegido por pieles negruzcas de algún apestoso animal de las montañas. Nunca supo que sucedió pues antes de poder gritar ya el gondoriano le había decapitado con un certero y poderoso golpe de su espada. Los orcos más cercanos se asustaron al ver de repente como una alta figura emergía de la nada y acababa con su jefe, entonces el guerrero levantó la cabeza de su víctima y gritó: "*¡A mí Gondor! ¡A mí Gondor!*". Los orcos que estaban más cerca huyeron asustados pues creían que ahora ellos caían en una emboscada de fuertes dúnedain. Y no lejos de allí Sirtur, Calios y Fornion se despertaron y, alarmados, empuñaron algunas armas que portaban. Oían los gritos de Tirdhan en la oscuridad y el gruñido de orcos, de muchos orcos, que se acercaban hacia ellos.

La oscuridad se aclaraba. Por el este el sol trepaba y la luz se hacía fuerte en el naciente del mundo. Y con la claridad del amanecer el horror se hizo patente, pues sólo entonces vieron que hacia ellos avanzaban multitud de orcos agitando sus espadas, hachas y lanzas. Entonces Tirdhan, que se batía a varias decenas de metros de ellos, lejos de la orilla, les gritó: "*¡Huid! ¡Huid! ¡Llevaos la balsa, cumplid la misión!*", y mientras eso gritaba muchos orcos le rodearon. Pero el gondoriano no se amilanó y se lanzó contra ellos con la esperanza de retenerlos el tiempo suficiente como para que sus amigos pudieran escapar río abajo. "*¡A mí Gondor!*", oyeron que gritaba una vez más.

Calios, empuñando una hermosa daga, trató de llegar hasta Tirdhan pero Sirtur, pálido como la mañana de invierno, le retuvo y tiró de él hacia la balsa. Fornion intentó llegar al bote pero una lluvia de flechas se interpuso en su camino y, gritando de rabia, corrió hacia la balsa donde Sirtur apenas si podía contener al joven Calios para que no corriera hacia una muerte segura mientras empujaba con una pierna la balsa hacia la rápida corriente del río. El enedain le ayudó y pronto la balsa se deslizó hacia el centro del Anduin aunque fueron alcanzados por varias flechas que se clavaron en la madera, en los lienzos que cubrían el mármol y en Sirtur que cubrió con su enorme cuerpo, a modo de escudo, los de Calios y Fornion. Y aún herido por varias flechas el marino manejó la embarcación alejándoles de la orilla ya infestada de orcos que aullaban y gritaban insultándoles.

Fue entonces, alejándose arrastrados por la corriente, cuando vieron algo que jamás olvidarían mientras viviesen. Pues las filas de orcos se abrieron y varios de ellos cayeron al suelo al ser heridos por el filo indómito de Tirdhan que, cubierto de sangre propia y ajena, se abría paso hacia el río. Y aunque ya se tambaleaba logró al fin pisar las aguas de Anduin el Grande y mirar una última vez a Calios, Fornion y Sirtur, que navegaban a salvo. Y entonces pudo morir en paz. Se dejó caer en el suave lecho del río y la corriente recogió sus restos como la madre que abraza al hijo dormido, y jamás fueron tocados por orco o alimaña alguna. Jamás.

La balsa, asaeteada, marchaba veloz por el caudal creciente del río. Sirtur, pálido, la gobernaba con maestría mientras Fornion le cuidaba las heridas de las flechas. El marino era fuerte aunque mucha de su sangre manchaba los troncos del Bosque Verde que formaban aquella embarcación. Aún así se negó una y otra vez a las súplicas del joven hombre del Norte para que descansara y se repusiera. Ahora era preciso avanzar mucho, no detenerse, puesto que descendían por la orilla los orcos persiguiéndolos, amparados durante el día por las nubes que cubrían el cielo. *"Si los dejamos atrás habrá tiempo para descansar y si nos alcanzan, ¿de qué nos servirá descansar?"*, decía el marino. Pero su preocupación era Calios. Allí, sentado en la proa de la balsa, en silencio, lloroso y temblando, lamentando la marcha de un amigo, del buen Tirdhan, más allá de donde él podría ir a buscarlo. Sirtur no pudo reprimir la congoja también y por ello centró sus esfuerzos en guiar la embarcación, pese al dolor de sus heridas y pese al dolor de su corazón.

Fornion en cambio, fiel a los usos de su gente, dejó que Calios llorase en soledad a su amigo caído. ¿Qué mejor honra que derramar lagrimas de sincera amistad por el que marchaba para siempre? Así pues agarró el remo de guía una vez más y ayudó a Sirtur a navegar por el río velozmente. Y no dijo nada más aquel día.

El sol se ponía cuando apareció delante de ellos lo que parecía una muralla arbolada en la orilla occidental. Sirtur entonces por fin habló de nuevo y sonreía levemente cuando dijo: *"Lórien, al fin. Pronto descansaremos"*. Allí estaba el Bosque de la Dama y sólo con verlo, sólo con saberse cerca, sus miembros se relajaron y el dolor de su pesar se hizo un poco más llevadero. Ya no temían a los orcos pues allí nunca se acercaban y cuando el sol se ocultó en el poniente llegaron al río Celebrant, el Cauce de Plata, donde descansarían aquella noche. Las estrellas brillaban límpidas en el firmamento. Las nubes habían desaparecido al fin y una brisa cálida soplaba del sur. Sirtur dormitaba sobre el césped y Fornion cuidaba de que sus heridas no se abrieran en la inquietud y agitación del sueño. Calios, sentado a la orilla del río, acariciaba las aguas que fluían sin detenerse. Murmuraba, gemía y a veces aún sollozaba. Las lágrimas le corrían por las mejillas como ríos de plata cuando recordaba, una y otra vez, a Tirdhan. Y sus lágrimas caían sobre el cauce del Anduin que las recibía en silencio, como respetando el dolor del muchacho más allá de toda comprensión.

El suave susurro de los árboles al ser acariciados por el viento del sur llenó el lugar de una fragancia adormecedora. E hilvanado con aquel susurro un canto de tristeza y dolor parecía nacer en lo más profundo del bosque de Lórien. Pero también una melodía de esperanza y paz era portada por aquel canto. Quizá los elfos cantaban lejos de allí, en el corazón de su reino, donde el tiempo se detuvo, por la memoria de sus amigos perdidos. Quizá compartían con aquellos tres edain su pesar pero también les ofrecían el recuerdo del

amanecer por llegar. Sea como fuere Sirtur pudo dormir aquella noche pese a las heridas, la pena y el dolor. Fornion se acurrucó complacido y tranquilo a su lado y no se preocupó por el marino. Y Calios encontró el descanso que su corazón necesitaba arrullado por el canto del bosque.

El sol acarició sus rostros y les despertó con el susurro de una mañana primaveral. Cuál sería su sorpresa cuando advirtieron que manos piadosas les habían acostado sobre lechos de blancas sedas, apoyando sus cabezas sobre almohadas de dulce olor. Las heridas de Sirtur habían sido curadas con esmero y delicadeza. La balsa había sido limpiada de las fétidas flechas de los orcos y los lienzos que cubrían el bloque de mármol habían sido retirados dejando al descubierto la hermosura, ahora del color del oro más radiante, de aquel mineral. Junto a ellos, envueltos en jubones de ricas sedas, encontraron algunos víveres que Calios y Sirtur reconocieron como elaborados por manos élficas. Así supieron de sus benefactores y lo agradecieron con lágrimas en los ojos.

Se aprestaron para partir, pero antes Calios se adentró en el río caminando, y cuando la corriente le cubría sobre las rodillas hundió sus manos en las aguas y piadoso dijo: "*A yarya ta, a meletya Anduin*". Sirtur agachó la cabeza y le dijo a Fornion el significado de aquellas palabras. "*Protégele, poderoso Anduin*".

La balsa se deslizaba sobre las aguas y aquel luminoso día los ánimos volvieron a los corazones de los tres. Ya habían dejado atrás más de la mitad del camino y el final se veía cercano. Pronto cruzarían las Tierras Pardas y entonces apenas les restarían dos días de marcha hasta Nen Hithoel. Pero Sirtur les dejó claro que aunque dejaban atrás muchos peligros la travesía sería ahora más peligrosa pues el río se estrechaba al cruzar los desfiladeros de los altozanos y la garganta de Emyrn Muil encerraba rápidos de difícil tránsito, aunque con el río tan caudaloso confiaba en que las piedras más dañinas quedasen cubiertas por el agua.

Así que sin detenerse, de nuevo bajo un sol radiante y un cielo despejado y azul, los tres compañeros y el magnífico mármol del norte, que ahora mostraba un reflejo bronceado, continuaron su travesía hacia el sur. Y aquel día pasó veloz como el viento en las praderas de Calenardhon, pues nada les amenazaba y ya se acercaban a las bien defendidas fronteras de Gondor. Sirtur, animado y risueño, les cantaba tonadas de marinos o les narraba sus viajes más arriesgados. Y Fornion no se quedaba atrás y les hablaba de su pueblo y sus costumbres. Y al terminar el día hasta Calios les habló de sus sueños y anhelos.

No lejos de allí se alzaban los macizos de El Páramo, y el Anduin serpenteaba durante varias millas entre desnudos y elevados desfiladeros donde no podrían parar. Así pues Sirtur decidió que acamparían justo antes de comenzar esa parte del viaje, repondrían fuerzas, y con las primeras luces del amanecer partirían. Pero esa noche, antes de descansar, enseñaría a los dos jóvenes cómo atar buenos nudos, puesto que ya encontrarían rápidos en la corriente del río y era probable que algunos cabos se soltasen, poniendo en peligro la balsa. Deberían actuar rápido y sin dudar si eso pasaba y a la vez se tendrían que preocupar de no caer al agua. Y aprendieron bien, pues la vida les podía ir en ello.

Todo estaba listo cuando el sol despuntó al alba y la balsa se internó en la corriente impulsada por Sirtur. Fornion en la proa una vez más, con el remo guía, iba marcando las rocas peligrosas, y Calios, con una pértiga de apoyo que Sirtur fabricara antes de partir, se aseguraba de que la balsa no se acercara demasiado a los desfiladeros de ambas orillas. Despacio fueron avanzando, pero antes del medio día Sirtur noto cómo la corriente se aceleraba, y los tres vieron que el río se estrechaba notablemente. La balsa pasaría pero la velocidad que alcanzaría la haría peligrosa y difícilmente gobernable. Los tres lo sabían y por ello se asentaron sobre aquellos troncos y se aprestaron para combatir con el río. Y la lucha fue encarnizada. Ante ellos aparecieron, tras un meandro veloz y espumoso, las primeras rocas puntiagudas que cortaban la corriente a uno y otro lado. El agua les salpicaba desde todas direcciones y les entraba en los ojos una y otra vez. Pero ni Sirtur cejó en su guía, ni Fornion dejó su remo, ni Calios rindió su vara. Y la balsa no traicionó a sus pasajeros y aunque rugió y se quejó, pese a que golpeó contra las rocas y los altos muros del río, se mantuvo firme y de una pieza. Subían y bajaban, luchaban desesperados pero sin tregua, tosían por el agua tragada y más de una vez estuvieron a punto de irse a pique pero o la pericia de Sirtur o la bondad del mismo Anduin les mantenían a flote. Así cruzaron aquella muralla de agua y piedra tras una jornada tan fatigosa como ninguna otra.

Al terminar el día, cuando el río les dio tregua y pudieron detenerse junto a unos cañaverales, los tres reían de puro regocijo por seguir vivos. Y así se durmieron, empapados pero alegres, sobre la balsa. La única guardia que tuvieron aquella noche fue la del mármol desnudo que saludaba a las estrellas con reflejos de nácar y plata sobre su fría y lisa superficie.

Sirtur miraba el río y se rascaba el mentón pensativo. Aún no había amanecido y los demás dormían. El río había sido muy generoso con ellos, pensaba, pero pronto cambiarían las tornas, porque el paso de los rápidos de Eryn Muil era peligroso. Pocas embarcaciones surcaban aquellas aguas y solo lo hacían con el deshielo y la crecida del río. Ellos así lo iban a hacer al día siguiente, pero no con un manejable bote sino con una balsa de troncos y una carga pesada y grande. El marino miró al cielo en busca de Eärendil, pero no la encontró aquella vez. Sintió un escalofrío recorrer su espalda y despertó a los dos jóvenes. Hoy sería el último día de tregua con el río.

—Es una lástima que terminemos la travesía en Nen Hithoel —les decía Sirtur —, porque Anduin es en verdad "grande" tras las Bocas del Entaguas. Y de allí a las tierras de Ithilien apenas si hay medio día de navegación mansa y sencilla, y luego la blanca Osgiliath. Y un poco más allá Pelargir y sus muchos barcos.

—Nosotros no bajamos tan al sur —apostilló Fornion—. El rey Rómendacil de Gondor no nos permite bajar más allá del Rauros y tampoco buscamos negocio allí. ¿Qué vamos a ofrecer a los Hombres del Mar? Pero me gustaría ver todo aquello.

—Lo verás algún día, si así lo quieres. Porque Calios es persona influyente en Osgiliath —dijo Sirtur guiñándole un ojo y sonriendo—. ¿No es así?

Calios no dijo nada pero asintió levemente con la cabeza mientras observaba el río. Sirtur siguió hablando de Gondor y sus costas, del mar y de los barcos, y Fornion le seguía preguntando cosas sobre esto y aquello. Pero él sólo pensaba en Artano, su padre, y en la

muerte de Tirdhan. ¿Cómo le diría aquello? Para su padre Tirdhan era casi un hijo. ¿Cuánto llevaban juntos? ¿Treinta años? Y ahora ya nunca más lo verían al amanecer mirando al Oeste sobre las almenas, ni al anochecer mirando al Este, vigilando.

Atardecía cuando vieron surgir a pocas millas al sur el muro occidental de Emyr Muil. Iluminado en el crepúsculo del día se alzaba como una montaña de oro viejo y sucio, con tonos ocres y un dorado mortecino en sus crestas. Más parecía el viejo tesoro de un avaro rey muerto que la muralla oriental del Reino de Gondor. Y ellos, navegando el río, se acercaban hacia aquella atalaya de roca, arena y piedra. Entonces el silencio sepulcral que les rodeaba se vio roto por el chillido de un ave al pasar. Los tres alzaron la cabeza y vieron dos hermosas águilas que jugueteaban por encima del río chillándose y graznando. Al poco se alejaron buscando el sur y cruzaron por los cielos lo que ellos habrían de cruzar por las aguas. Fornion no dijo nada, pero su corazón casi se detuvo, porque aquello no era bueno. *"Dos águilas aquí"*, pensó, *"mal presagio este para mañana. ¿Dónde quedará la tercera?"*.

Por la noche apenas hablaron. Sirtur revisó los cabos de la balsa lo mejor que pudo, aunque no pudo repasar los que quedaban bajo el agua y eso le preocupaba. Estaba seguro de que el río había desgarrado por igual madera y cuerda y notó, con cierto temor, que algunos de los troncos se movían mucho más de lo previsto. Hubiera reforzado la balsa con más cabos pero lo poco que tenían lo deberían usar ellos para atarse a la embarcación. Al menos la vara, el remo y el timón estaban intactos. Y los tres se sentían fuertes y descansarían lo suficiente.

Aquella mañana nació muy luminosa. El canto del río pronto se tornaría estruendo inmisericorde y después grito de guerra. Pero la balsa avanzó cortando la corriente, por el centro de las aguas, decidida y veloz. A ambos lados se alzaban los altos muros de piedra y apenas si entraba el sol, pero a Calios, a Fornion y a Sirtur no les importaba. Y el mármol que llevaban con ellos reflejaba un hermoso y cálido color rosado. Así fue como presentaron batalla a Anduin. Y el río aceptó el desafío.

Y comenzó la batalla de los rápidos de Sarn Gebir. Las aguas se arremolinaron en torno a las primeras rocas y sus filos que despuntaban sobre la corriente. La espuma lo cubría todo y la balsa se abalanzó hacia allí, con su proa enhiesta, desafiante. El choque fue salvaje pero los cabos aguantaron y los troncos se combaron levemente pero no se rompieron. El timón marcó el rumbo con fuerza y la vara y el remo empujaron la embarcación sobre la corriente ahora rápida y enloquecida. *"¡Adelante! ¡Adelante!"*, gritaba Sirtur y aún entre los aullidos de las aguas y los quejidos de la balsa se oía su voz. Pero Anduin el Grande no era débil y cuando aún no se habían repuesto del primer envite ya les mandaba otro reto, pues nuevas rocas atacaron la embarcación y terribles remolinos les salieron al paso tras un recodo del río. Y la balsa, empequeñecida ante tanta adversidad, marchó de nuevo a la lucha. Y aunque la espuma y el agua la cubrían en buen parte no se hundía de manera ninguna. Ya parecía que escapaba cuando un golpe imprevisto zarandeó a hombres y carga, entonces saltó un cabo maestro y uno de los troncos centrales comenzó a separarse. Fornion perdió el precario equilibrio y tuvo que lanzarse contra el mármol. El agua ya inundaba la balsa y Calios se aprestó a sujetar al enedáin dejando caer la vara al río. Todo parecía perdido. Pero aún quedaba Sirtur en pie y no dudó en lanzarse al suelo de madera y con sus potentes brazos sujetó el tronco que se soltaba y el que aún se mantenía firme. Con la fuerza de sus músculos los juntó de nuevo pero los

golpes del río le hicieron caer con parte del cuerpo fuera de la embarcación. No se soltaba y mantenía la balsa íntegra pero aún no estaban a salvo. Entonces le gritó a Calios que tomara el timón mientras él mantenía los troncos unidos. No había ningún cabo que usar, no había esperanza. Pero el joven gondoriano tomó entre sus manos la guía de la balsa, y al poco Fornion se unió a él. Juntos mantuvieron firme la proa hacia el centro de la corriente. Pero también juntos veían a pocos pasos de allí como el cuerpo de Sirtur golpeaba contra los rápidos una y otra vez, pareciendo que las rocas le querían arrancar de su lado. El marino aguantaba firme aunque su rostro era una máscara de dolor y por su resistencia la balsa seguía adelante. Entonces Anduin lanzó un último grito de desesperación y una ola de espuma blanca barrió la balsa. Y cuando hubo pasado Sirtur ya no estaba allí.

El caudal era otra vez manso pero ni Fornion ni Calios le prestaban atención. Los dos lloraban sobre la balsa, ahora dañada y rota, pero aún desafiante y victoriosa. Habían vencido pero el río se había cobrado un precio muy alto. Pero Anduin el Grande ni era cruel ni malvado y elevó a su alrededor una bruma piadosa para que en el lento fluir de sus aguas, los dos quedaran resguardados y descansasen. Y aún el mármol que llevaban oscureció su brillo y les acompañó en su dolor y pena. Sólo se oía el canto apagado del agua al correr. Así los sorprendió la noche, rodeado por aquellos altos muros de piedra y entre lágrimas el sueño les venció.

El alegre canto de un pájaro les despertó y vieron que la luz del día ya lo alcanzaba todo aunque la bruma aún cubría la superficie del río. La balsa se deslizaba sobre las aguas en silencio y Fornion y Calios seguían allí, sentados, sin hablar. Entonces vieron como la fina capa de nieblas se deshacía al paso de la proa de la balsa y descubrieron con asombro y gran sorpresa dos rocas que se acercaban desde lejos, parecían dos pilares de proporciones inconmensurables y el río fluía entre ambos. Al acercarse más vieron que estaban tallados en su grandeza formando dos figuras humanas apoyadas sobre pedestales que se hundían en las aguas del Anduin. Cada una con la mano izquierda levantada en ademán de advertencia y con la derecha apoyada sobre un hacha. En la altura de las cabezas coronadas se veían andamios y trabajo por concluir. Habían llegado por fin a los Argonath. La travesía había concluido.

Artano corrió hasta el embarcadero donde varias barcas habían arrastrado la balsa. Muchos hombres se agolpaban allí pero ninguno hablaba. Y cuando vieron al maestro escultor llegar se apartaron dejándole paso. Este no prestó atención alguna al magnífico mármol que ya reposaba sobre tierra firme, sólo buscaba a su amado hijo, a Calios. Y cuando lo encontró lloroso, sucio y herido le abrazó llorando también él. Pues sin palabra alguna sabía de todo lo ocurrido y de las desgracias que se habían cernido sobre ellos. Luego llamó a Fornion a su lado y también le abrazó como a un hijo. Y cuando allí mismo le contaron de la muerte de Tirdhan y de Sirtur, sintió que su corazón se partía aún más pero al menos supo también que los dos habían caído siendo hasta el último momento un soldado y un marino. Y todos los que allí había se entristecieron mucho porque los dos desaparecidos eran conocidos y queridos por todos.

Tiempo después el propio rey Rómendacil marchó con sus caballeros y aliados hasta aquel lugar. Los Argonath habían sido concluidos y habría fiesta y celebración en Gondor. Con sus coronas de mármol brillante saludaron al amanecer y en la frente de Isildur y Anarion

parecía arder una blanca llama que se veía desde muchas leguas de distancia. Su belleza y majestad perdurarían por siempre.

Y allí, viendo la obra concluida, Artano, Calios y Fornion sonreían complacidos. Porque en la hermosura de aquella obra del hombre luciría para siempre un postrero homenaje a dos amigos desaparecidos. Sirtur y Tirdhan, que Anduin protegía en su descanso eterno, estaban también allí, y no solo como recuerdo, pues Artano, movido por la piedad y la sensación de tener una deuda impagable, modificó el diseño de los pétreos rostros. Y nadie elevó queja alguna pues veían en ello el gesto postrero del mayor escultor del mundo. Y los rostros de las Argonath eran en verdad hermosos y sabios. Los rostros de un marino y de un soldado.